

# CAPITULO I

## Socialización e Identidad



## UNA LECTURA A PARTIR DE LAS CATEGORÍAS DE GÉNERO Y CLASE SOCIAL

“Los individuos internalizan lo que va a moldear su función social por el resto de su vida, proporcionándole una tendencia a reproducir dicha realidad, cuando realiza esa función socializadora...Con la socialización, la madre transmite las normas que ella recibió refractadas por su apropiación biográfica.”

(LORENZER:1973, 44)

Al estudiar el curso de la socialización de un grupo de mujeres adultas de sectores populares, es necesario formular una reflexión teórica orientada a demostrar la articulación de las categorías *clase social* y *género*, con los procesos de formación de las personas para la vida en sociedad.

La socialización ha sido objeto de estudio de las disciplinas sociales, con énfasis distintos de acuerdo con la pregunta central que tratan de resolver: la Sociología, por ejemplo, explica los procesos de incorporación del individuo a la sociedad y la construcción de las instituciones sociales, centrandose su interés en las relaciones entre las personas y el orden social; el Psicoanálisis enfatiza en la formación de la subjetividad, en la historia afectiva de cada uno a partir de los conflictos entre los impulsos inconscientes y las demandas de la sociedad; la Antropología estudia la socialización desde la perspectiva de endoculturación: un proceso a través del cual las personas asimilan la cultura, la interiorizan y participan de una identidad colectiva. A través de una mirada interdisciplinaria, se identifican las interacciones más significativas entre la subjetividad, la cultura y el mundo social<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Sin agotarlos en su profundidad, el estudio se apoya en autores como Heller, Berger, Luckman y Schutz, quienes desde la Sociología explican el ordenamiento social y la inserción de los individuos en él; como Freud, Erickson y Lorenzer, que desde el psicoanálisis aportan explicaciones sobre el inconsciente y la formación de la interioridad de los sujetos, y en Margaret Mead y Claude Levi Strauss, quienes desde la Antropología brindan conocimientos insustituibles para el estudio de los procesos de apropiación de la identidad cultural (Véase bibliografía).

Un enfoque totalizador del concepto es imposible a partir de una sola disciplina, pues mientras se logra profundidad en una dimensión de la socialización, se presentan carencias o lagunas en otras.

“Las diferentes perspectivas sobre el proceso de socialización han existido desde cuando los investigadores empezaron a investigar... en vez de ser mutuamente excluyentes, estas perspectivas son complementarias. Cada una resalta factores particulares que las otras no destacan, de modo que en conjunto proporcionan un contorno más completo de la socialización” (LIGHT, 1991, 113)

La formación de la persona para la vida social se inicia desde antes del nacimiento, a partir de los proyectos construidos sobre el nuevo ser, y continúa mientras aprende a manipular los objetos, asimila las relaciones sociales y va tomando posiciones ante las demandas sociales. La socialización se prolonga durante toda la vida, cuando el individuo responde a nuevas circunstancias que le obligan a desarrollar conocimientos para enfrentarse a los cambios institucionales.

“Desde el principio de la vida existe una intrincada relación entre el desarrollo interno (cognitivo y emocional) y un medio ambiente estimulante, alentador, de manera que ninguna etapa, ninguna crisis podría ser formulada sin una caracterización de un mutuo acoplamiento de la capacidad del individuo para relacionarse cada vez con un espacio mayor de personas e instituciones y por la otra la disposición de estas personas e instituciones para hacerle cada vez más partícipe.” (MAIER:1979,61 citando a ERICKSON)

El proceso de socialización hace posible el encuentro entre la sociedad y la persona, la integración del individuo con la cultura y el desarrollo de la subjetividad. Se desenvuelve en una compleja red de relaciones históricas y sociales; en un conjunto de instituciones cuyo funcionamiento y estructura son independientes de la voluntad particular y constituyen una realidad objetiva, exterior a la subjetividad y con cierto carácter de inevitabilidad.

Socializarse significa aprender a participar de la sociedad, de su dinámica, características y condiciones específicas en un momento histórico determinado.

“Un mundo institucional que se expresa en una realidad objetiva, tiene una historia que antecede al nacimiento del individuo y no es asequible a su memoria biográfica.” (BERGER:1968, 82)

El escenario de la socialización es la vida cotidiana y el aprendizaje de la cotidianidad se convierte en condición esencial para asumirse como parte de una organización social, para convertirse en persona.

“La maduración del hombre significa en toda sociedad que el individuo se hace con todas las habilidades imprescindibles para la vida cotidiana.... y es adulto quien es capaz de vivir por sí mismo la cotidianidad.” (HELLER:1972, 41)

A través de los grupos de referencia más cercanos, cada persona desarrolla comportamientos dirigidos a integrarse a la cotidianidad mediante procesos de imitación del actuar del otro -mímesis-, o situándose en el mismo ambiente de los demás -poniéndose a tono-. Ambas conductas facilitan ese fascinante e inevitable aprendizaje de la cotidianidad (HELLER:ob cit.).

Mediante intensos procesos de interacción social, durante la socialización se internaliza un conocimiento preexistente, que conduce a la sedimentación de un conjunto de saberes indispensables para desempeñarse en la cotidianidad. La mayoría de los conocimientos necesarios para la vida social que se asimilan no se adquieren por la experimentación, están socialmente determinados. Aprendemos, por ejemplo, que la tierra es redonda, no comenzamos a probar dicho fenómeno, como le ocurrió a José Arcadio Buendía en “Cien años de soledad”.

Los conocimientos aprehendidos a través de los procesos de socialización sustentan el pensamiento cotidiano, la construcción de alternativas, las motivaciones, decisiones y acciones del diario transcurrir. Al mismo tiempo, a partir del andamiaje institucional, se forja una socialización dirigida al cumplimiento de diversidad de roles sociales; se aprende a ser un actor social, a formarse en papeles prefijados por la misma sociedad. Dichos roles corresponden a una división social del trabajo, a grupos sociales estratificados, que a partir de pautas y costumbres determinadas llenan de contenidos el propio proceso socializador.

Por su pertenencia a un núcleo familiar, cada persona tiene asignado un lugar en la sociedad desde antes del nacimiento, y mientras se le socializa se reproducen unas cualidades propias del grupo social de referencia, las cuales son interiorizadas por cada ser de modo específico, de acuerdo a los mandatos legitimados socialmente, situándose ante ellas, introduciéndoles modificaciones o transformándolas. Sin embargo el condicionamiento institucional de los roles de ninguna manera es absoluto; siempre existe la posibilidad de “recusarlos”, en el lenguaje de Agnes Heller, es decir, de construir nuevos papeles sociales.

La socialización es conservadora porque a través de ella se reproducen las normas, los valores, las costumbres y las profundas experiencias ligadas a la vida emocional, se forman identificaciones y se repiten las conductas. Mientras el socializador socializa, reproduce su propia historia plasmada en él por sus padres y por las generaciones anteriores.

“La socialización secundaria de la madre se basa en el propio proceso de socialización primaria, en la díada madre hija, y con esto nos remitimos a la madre de la madre, y a sus familiares, y al proceso dialéctico de apropiación y mediación entre la naturaleza interior y las formas de interacción ofrecidas por las que atravesó la generación anterior.” (LORENZER: 1973, 40).

Al mismo tiempo, el proceso de socialización es histórico, cambia como consecuencia de los procesos de evolución de la sociedad y contiene sus propias leyes de cambio, es dinámico y permeable a los múltiples cambios sociales. Mientras se socializa se crean condiciones para generar actitudes renovadoras y construir valores diferentes a los transmitidos por las generaciones anteriores. Una demostración de estos cambios es el impacto en los contenidos y características de la socialización en el aumento del nivel educativo y de la migración rural urbana en Colombia durante los últimos años.

La socialización contiene además una dimensión particular, en la cual cada persona da curso a su propia biografía, la interioriza, la vive como única, irrepetible, exclusiva y plasmada en su ciclo vital.

“En la vida de todo individuo, por lo tanto, existe verdaderamente una secuencia temporal, en cuyo curso es inducido a participar en la dialéctica de la sociedad” (BERGER y LUCKMAN: 1968, 164)

Explicar las diferencias de las personas en el conjunto social y las particularidades de los procesos de socialización entre los seres humanos requiere considerar que la pertenencia a una clase social determinada está presente en la cotidianidad de los individuos<sup>2</sup>. En los contenidos mismos de la socialización se reproduce la diferenciación social; cada persona aprende las versiones correspondientes a la clase social en que ha nacido; a su vez las posibilidades de acceso al saber y a las instituciones que lo imparten son también diferentes para cada clase social (SCHUTZ:ob cit.).<sup>3</sup>

Cada persona se introduce desde antes de nacer en una clase social determinada y mientras se socializa, se introyectan unas cualidades propias del grupo social de referencia. Los valores paternos y maternos, el lenguaje, las vivencias cotidianas, van incentivando desde los primeros años la formación de cualidades determinadas para un trabajo específico, el interés por ciertos

---

<sup>2</sup> Karl Marx definió la clase social según la posesión o no de los medios de producción, identificando como clases fundamentales de la sociedad capitalista: la burguesía- propietaria de los mismos- y el proletariado, desposeído del capital y generador de la riqueza social, a partir de la venta de su fuerza de trabajo. Retomando la definición de Marx, Weber adiciona los conceptos de prestigio y poder: el primero, entendido como la estimación que el grupo social hace de los individuos, al conferirles un status superior al promedio, y el segundo, como el control de las decisiones del conjunto social, ejercido por un sector de clase determinado.

<sup>3</sup> En el caso de Colombia por ejemplo, el sistema de educación formal es clasista y la baja calidad de la formación en escuelas públicas impide el acceso a niveles superiores de educación a los sectores populares.

oficios y por consiguiente las actitudes correspondientes a una clase social. Investigaciones desarrolladas al respecto (BERNSTEIN:1990) demuestran cómo los códigos comunicativos están estrechamente relacionados con la estructura social de la familia, la escuela y el trabajo: las clases trabajadoras emplean un lenguaje reducido a códigos evidentes, inmediatos, que hacen referencia a roles rígidos y a comportamientos prefijados. En la familia se tiende a dar órdenes bajo un código restringido de comunicación, a imponer reglas, normas y costumbres. Las clases medias, y con mayor énfasis las altas, emplean códigos de comunicación elaborados, a partir de la necesidad de transmitir ideas y significados diferentes al grupo de referencia más cercano; a través de la persuasión y de generalizaciones, se inclinan hacia roles abiertos, a ofrecer alternativas y a acomodar reglas a una situación específica. Mientras los códigos restringidos facilitan actitudes de subordinación propias del trabajo obrero, los códigos elaborados se abren hacia un trabajo creativo o directivo.<sup>4</sup>

En un estudio realizado en Norteamérica (LIGHT y otros:1991, citando a KHON y SCHOOLER) sobre los valores, se identificaron profundas diferencias de clase: Los padres de la clase trabajadora concedían un mayor aprecio a la pulcritud, la honestidad y la obediencia a una autoridad externa; los de la clase media, a la autodirección o la toma de decisiones. Los primeros, tendían a castigar al niño sin tener en cuenta las circunstancias, proyectando así las características de los trabajos a que eran sometidos; mientras la tendencia de la clase media era a resolver los conflictos a partir de las motivaciones de los niños, facilitando el trabajo autodirectivo y autónomo.

Durante el proceso de socialización se reproducen relaciones de poder mediante el aprendizaje del lenguaje y la introyección de actitudes de sumisión o dominación, así como de valores que legitiman la fuerte división entre las clases sociales y las formas autocráticas de gobierno.

Si bien las estratificaciones sociales tienden a reproducirse de generación en generación, en algunas sociedades persiste una relativa posibilidad para ascender o descender de una clase social a otra, o para asumir posiciones de cuestionamiento frente a los valores prevaletentes en la clase social en que se está inmerso.

La antropología cultural ha concentrado su interés en el estudio de la formación de la identidad colectiva, entendida como la apropiación que cada ser hace de los elementos definitorios del conjunto social y la interiorización de rasgos culturales que lo circunscriben a una unidad espacio-temporal. Tales elementos integradores actúan también como criterios diferenciadores de otros conjuntos sociales, bajo parámetros delimitados por los mismos colectivos. La identidad se construye mientras cada persona se reconoce como

---

<sup>4</sup> Recomendamos al respecto el estudio de la obra de Basil Bernstein, mediante la cual se ofrece un profuso análisis acerca de las relaciones entre la división social del trabajo y la producción y circulación de los saberes (BERNSTEIN:1990)

miembro de una comunidad y se afirma en nombres, valores y referencias, que al ser constantes en el tiempo proporcionan un sentimiento “de ser parte de...”, un sentido de pertenencia. Los estereotipos, juicios apriorísticos sobre las cualidades de un grupo, sirven para unir a los miembros de un colectivo y para distinguirlo de otro cohesionando, separando a partir de elementos arbitrarios que crean diferencias con respecto a otros grupos.<sup>5</sup> En su dimensión particular, cada persona elabora la identidad en un proceso permanente de interacción entre las demandas de su ser biológico, psíquico y cultural respecto al medio ambiente social. La identidad se forma al reconocerse a sí mismo como diferente del otro, cada uno es un *mí* frente a un *no yo*; se va construyendo un *yo* en la medida en que se apropia del mundo, toma posesión de los objetos que la rodean, reconoce un tiempo y se desenvuelve en un espacio (BARHO:1985).

“Para poder ser he de ser otro,  
salir de mí, buscarme entre los otros,  
los otros que no son, si yo no existo,  
los otros que me dan plena existencia”  
(PAZ:1990)

Reconocerse significa sentirse solo, vivir la soledad, porque cada uno se siente a sí mismo como carencia del otro. Es este un proceso que se inicia mientras el neonato se encuentra en el vientre materno, es el paso de la dependencia a la soledad.

“El feto, es vida pura y en bruto, es fluir ignorante de sí. Al nacer rompemos los lazos que nos unen a la vida ciega que vivimos en el vientre materno, en donde no hay pausa entre deseo y satisfacción. Nuestra sensación de vivir se expresa como separación y ruptura, desamparo, caída en un ámbito hostil o extraño.” (PAZ: 1990, 175)

El deseo es el motor de la existencia y del desarrollo del nuevo ser. En el momento en que el niño entra en una relación de deseo con la madre, queda atrapado por la función materna, por el “yo ideal”, una sensación de completud que genera una serie de procesos psíquicos dirigidos a conservarla. Este sentimiento de plenitud se lesiona con la irrupción de la cultura expresada a través de la norma, de la función paterna, del “ideal del yo”; es la presencia de un tercero, que crea un espacio entre la madre y el hijo e impone la necesidad de una sustitución; es la presencia de la palabra, con la cual se reemplaza la satisfacción inmediata del deseo.

---

<sup>5</sup> Algunas reflexiones sobre las intensas y complejas implicaciones de los estereotipos en la construcción de la feminidad se encuentran en el artículo “Estereotipos sobre la feminidad: Mantenimiento y Cambio” (BARRETO y PUYANA:1995).



En la medida que el niño se diferencia de la madre, se va reconociendo a sí mismo como objeto distinto al ser amado, como alguien que está solo.

“Comienza a ser ese esbozo inicial de reconocimiento de sí mismo en una imagen, en el espejo, en un nombre, en algo que es objeto del otro y si no es objeto del otro no se reconoce nunca.” (ZULETA:1985, 58)

En ese vaivén de interacciones que conllevan la carencia, la búsqueda del otro, el reconocimiento de la soledad, del placer y displacer, de la vida y la muerte, del ser o no ser, se va gestando el lenguaje como vehículo de encuentro, de inserción en la cultura, en el mundo de los símbolos y las significaciones. La primera forma de relación, llamada por Alfred Lorenzer *avenimiento*, va asociándose con un complejo acústico, en un principio gestual y sonoro que poco a poco se va simbolizando, es decir separándose de la acción.

“El niño que mamó del pecho de su madre reemplaza esto introyectando una nueva sustancia, los sonidos que ella emite. Además ello permite al niño repetir activamente esta vieja y pasiva gratificación. Sustituye la pasividad y el apego por la madre por la actividad y la identificación con ella a través del lenguaje.... El habla es un medio para conectarse con la madre y al mismo tiempo separarse de ella... La pasividad y satisfacción que significa ma.. se asocia con la insatisfacción porque ella misma falta”(LORENZER:1973, 62)

La adquisición del lenguaje presupone experiencias concretas moldeadas en la relación triádica (madre-padre-hijo), y poco a poco se convierte en una expresión simbólica, objetiva. La tradición, las estructuras de sentido y significaciones son expresadas en el lenguaje, mediante el cual se interiorizan las normas sociales; en un principio estas normas hacen referencia a una vivencia específica -a mi mamá no le gusta que yo derrame la sopa- y en su proceso de desarrollo van convirtiéndose en universales -no se debe derramar la sopa-. (BERGER y LUCKMAN:1968, 169).

Durante el curso de la socialización, cada ser se sitúa en un referente cultural diferenciador de lo masculino y lo femenino al incorporar comportamientos, actitudes y modos de ser correspondientes a los modelos que la cultura ha ido asignando a cada género. Al reconocerse como sujeto, construye un yo sexuado, presente en todas sus manifestaciones psíquicas y sociales. La sexualidad se explica como una categoría histórica, simbólica y resultante del encuentro de hombres y mujeres con la cultura, del choque entre los impulsos libidinales y la normatividad social.

No se nace hombre o mujer, es la sociedad la encargada de convertir a cada uno de los seres en hombres o en mujeres, a través de la socialización. Se nace con órganos definitorios del sexo y a partir de éstos se inicia un proceso de formación dirigido a construir el género masculino o femenino. Cada

persona va interiorizando comportamientos a partir de la selección de un nombre, de una forma de vestir, del juego, de las caricias y otras expresiones afectivas; el contacto con las figuras maternas y paternas va produciendo sucesivas identificaciones que moldean la construcción de cada género.

De allí la necesidad de distinguir entre sexo y género: El primero es una categoría biológica, comprende los atributos físicos diferentes de hombres y mujeres; el segundo hace referencia a las conductas, valores, actitudes del orden cultural que los distinguen. El sexo es innato, el género es aprendido. Money y Stoller (psiquiatras e investigadores citados por BADINTER: 1987, 213-214), demostraron a partir de la observación de hemafroditas con idénticas características físicas y biológicas, el proceso de conversión en niños o en niñas, de acuerdo con la influencia de los padres. Así mismo, muestran como los transexuales se formaban partir de una relación con la madre tan intensa, que les impedía acercarse al padre, y por último, el caso de muchachos con una aplasia peneana congénita, quienes construyeron un pene fantasma y actuaban como niños, y de mujeres sin clítoris, identificadas con el rol femenino.

Un aporte fundamental de Freud fue el de explicarse la feminidad o la masculinidad a partir de la historia sexual infantil de cada persona, de los procesos de identificación del niño con los padres. Contra el biologismo de la época, Freud postuló la categoría de “inconsciente” para explicar el desarrollo de la sexualidad. Las teorías freudianas han sido fuente de intensas controversias, tanto en el seno mismo del psicoanálisis y sus diferentes vertientes, como entre feministas investigadoras; el mismo Freud, al final de su vida, se refirió a la sexualidad femenina como “un continente oscuro”, difícil de comprender y explicar.

“La gran pregunta que nunca ha sido aclarada y a la que fui incapaz de responder, a pesar de los treinta años de investigaciones en el alma femenina, es la siguiente: qué desea la mujer?”

(OLIVIER:1988,49 citando a FREUD)

La identidad sexual se forma mientras se desenvuelve el Complejo de Edipo, drama en el cual hombres y mujeres se encuentran con la cultura, con la norma; es el *no* social que permite a cada género afirmarse; es al mismo tiempo el moldeamiento de su masculinidad o de su feminidad.<sup>6</sup>

El primer amor de los seres humanos es la madre. Mientras la feminidad se desarrolla a partir del amor homosexual hacia ella y del proceso de negación de dicho amor, la masculinidad se construye mediante la sustitución del amor

---

<sup>6</sup> Véanse al respecto las críticas al enfoque que Freud le da a la sexualidad femenina: (OLIVIER:1988, GILLIGAN:1985, KOFMAN:1982)

heterosexual del niño hacia la madre por otro amor. Para cada sexo/género se desarrollan procesos de identificación específicos demarcados por la relación con el falo. En el contexto en que se viene trabajando, el falo se asocia con el conjunto de significaciones culturales atribuidas a él, símbolo a la vez de la virilidad y del poder del hombre en la sociedad. El niño, poseedor de pene, se descubre como tal en la posibilidad de perderlo, la niña reconoce su ser de mujer en la carencia, en la falta de esa “cosita” portadora de poder y privilegios. Al observarse castrada, ella comienza a experimentar la “envidia del pene” y los poderes que este don le otorga al sexo masculino.

“Este privilegio produce una decepción narcisística, indiscutible en la niña, así como la envidia de poseer un pene centrífugo como el de los varones; esto va acompañado de búsqueda, de urgamientos investigativos, sola o ayudada por los varones, actividad motivada por su inquietud en relación con esta falta aparente, falta que los reúne en la búsqueda de ese trozo peniano, quizás oculto, quizás desprendido.” (DOLTO:1982, 49)

La niña busca al padre y desprecia a la madre, quien no tenía el órgano deseado; acepta su feminidad y su carencia, encontrando sustitutos a lo que la cultura señala como incompletud. Por ejemplo, la compensación de obtener un hijo del padre da vía a la gratificación ante la posibilidad de ser penetrada. El niño, en cambio, construye su virilidad a partir del *complejo de castración*, del temor a perder el pene. Todo ello conduce a reconocer que los procesos de socialización son diferentes para mujeres y hombres.

“El hecho de que la misma madre del sexo femenino se ocupe del niño o de la niña, basta para dar nacimiento a una disimetría fundamental entre los sexos.” (OLIVIER:1988, 75)

Producto de la organización patriarcal, los varones tienen a su lado una madre plena de amor y deseo hacia él, mientras que:

“La niña es amada como niña, pero no erotizada como cuerpo de hija. No es objeto satisfactorio para su madre en el plano sexual y sólo podría serlo para su padre y sólo para él.” (OLIVIER:Op.cit, 83)

La forma como se desenvuelve el complejo edípico, es decir, la formación de la sexualidad de la misma niña, la identidad con la madre y la negación que cada género hace del otro para construirse como tal, trae como consecuencia que en cada época sean distintos sus comportamientos, actitudes, gustos y expectativas.

“Las niñas desarrollan una base más fuerte para experimentar las necesidades y los sentimientos de los otros como si fueran propios...” (GUILLIGAN:1985, 24)

Como consecuencia de la formación de la sexualidad, en las mujeres se presenta una tendencia a orientar su comportamiento hacia el servicio a los demás; sus actos contienen una mayor emocionalidad e integración con lo afectivo, y sus juicios morales están supeditados a la continuidad de la vida. Los hombres aprenden desde niños a reprimir la expresión afectiva, bajo el temor de perder su virilidad; sus actos tienden a ser calificados desde la óptica de la competencia y contienen una mayor o más intensa dosis de racionalidad. En los períodos de la adultez, por ejemplo, la mujer tiende a establecer como prioridad moral la maternidad, el servicio a la familia, mientras el hombre se ocupa en primera instancia por la productividad laboral.

El núcleo familiar es el principal encargado de la reproducción física y valorativa de las nuevas generaciones, de la transmisión del lenguaje, los afectos, los sueños, las nostalgias, las costumbres, y en general de los primeros elementos necesarios para hacer posible la interacción de las personas en la vida social.

La familia inmersa en condiciones sociales, económicas y culturales concretas, contiene su propia dinámica: cambia al ser influenciada por los procesos históricos propios de las demás instituciones sociales, y al mismo tiempo juega un papel conservador al reproducir valores ancestrales durante el proceso de socialización.

La dinámica, las características y las estructuras propias de cada grupo familiar en cada sociedad específica fluctúan y se desenvuelven en medio de una profunda heterogeneidad. Sin embargo, un rasgo constante de la organización familiar ha sido la desigualdad en las interacciones, derivada de relaciones de poder cimentadas en una ancestral ideología patriarcal, al concentrar la autoridad en la figura paterna y en el conjunto de instituciones sociales en las cuales está anclado el dominio masculino.

“Nos referimos al patriarcado para enunciar la tendencia social a la manifestación y la institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y los niños en la familia, y su ampliación a la sociedad en general. -Ello implica que los varones tienen el poder en las instituciones importantes de la sociedad, y no que las mujeres carezcan por completo de poder-”. (LERNER: 1990)

La distribución de los roles y del quehacer cotidiano entre los miembros de la familia se sustenta en una tradicional división sexual del trabajo, con la cual se identifica lo femenino con las funciones domésticas y lo masculino con el conjunto de actividades públicas dirigidas a la protección y a la reproducción del poder en la comunidad. En su acepción tradicional, la familia

centrada en la jefatura paterna lleva intrínseca la reproducción de relaciones de subordinación entre los géneros, niega la existencia de múltiples y variadas formas de organización familiar y reduce a su mínima expresión las complejas relaciones entre ésta y la diversidad cultural.

Los procesos de socialización en sus múltiples dimensiones y manifestaciones adquieren características específicas en razón de la clase social y el género. Sus expresiones particulares en el grupo de mujeres serán tratadas en los capítulos siguientes, al estudiar las distintas fases de su ciclo vital mientras asumen diferentes papeles sociales: cuando fueron niñas, al convertirse en cónyuges, en madres, y al participar en la vida social y comunitaria.

